

La Gaceta, 29 de Octubre de 1989

# Utopías y postmodernidad

*Por Arturo Ponsati*

---

El creciente y sintomático desapego por la participación social y política que se experimenta hoy en los países económicamente centrales. La virtual aniquilación de los lazos de sociabilidad primaria merced al reinado de la nacionalidad tecnológica en clave economicista y a la omnipresencia aplastante de los grandes sistemas sociales (partidos, sindicatos, macromercados, estado-providencial). El vacío cultural producido por la propagación del sensorialismo, el materialismo práctico, el individualismo exacerbado hasta el narcisismo, el creciente consumismo, la decadencia de la ética de la responsabilidad y del trabajo, el secularismo extremo y la emergencia de subculturas, etc. La profundización de la brecha entre países desarrollados y las naciones periféricas. El colapso de los tradicionales resortes históricos del cambio social (clase trabajadora organizada, partido reformadores y revolucionarios, ideologías vinculadas a los conflictos de clase en el marco del Estado nacional).

La aceleración del deterioro de la naturaleza y del medio ambiente por obra de economías al servicio del lucro o del poder, fenómeno que afecta por igual al mundo capitalista y los países comunistas. La exasperante lentitud del proceso de desarme nuclear y la consiguiente permanencia del horizonte apocalíptico que caracteriza a nuestra edad. La crisis de los sistemas totalitarios y el fin de toda ilusión razonable sobre la salvación por la ideología. Los acelerados cambios científicos tecnológicos, que preanuncian el advenimiento de un orden desconocido, no solamente en económico, sino también en lo cultural, lo social y lo político.

Tales los datos más perceptibles de una realidad huidiza e inestable, a la cual el pensamiento social y político actual se esfuerza por interpretar y criticar, con la intención de proporcionar bases ideales, enderezadas tanto a matizar la transición hacia un futuro cuya iniciación estamos presuntamente viviendo, cuanto a determinar las características del mundo nuevo hacia el cual nos dirigimos sin conocer, ni tan siquiera aproximadamente, sus rasgos principales.

Boris Frankel, teórico socialista vinculado a los movimientos sociopolíticos “alternativos” (ecologismo, pacifismo, socialismo contestatario, feminismo, liberación homosexual, etc.) ha dedicado un libro<sup>1</sup> a algunos de los mayores exponentes del “utopismo postindustrial” (R. Bahro, A. Gorz, B. Jones y A. Toffler), es decir a aquellos autores cuya preocupación intelectual y cuyo compromiso social y político se endereza a diseñar -a partir de las tendencias y signos negativos y positivos que ofrece el presente- un porvenir supuestamente apetecible para la humanidad.

Frankel, siguiendo las huellas de Mannheim, atribuye al pensamiento “utópico” la cualidad de tensar la realidad para proyectarla hacia un porvenir que, de algún modo radical, signifique una ruptura con el presente, a la vez que una potenciación de los elementos que, contenidos en agraz en el mundo actual, resulten aptos para generar nuevas formas de vida, nuevos estilos de sociabilidad y nuevos modelos de organización colectiva. El propósito del autor -aunque omite declararlo explícitamente- es contribuir a la construcción de una nueva ideología que cumplan los tiempos presentes un papel análogo al desempeñado en anteriores épocas históricas por el liberalismo y el marxismo-leninismo. Así, una de las críticas básicas que Frankel hace a aquellos teóricos venidos desde distintas experiencias y posiciones doctrinarias, consiste en la parcialidad de sus enfoques, en cierta ingenuidad que afecta a sus propuestas y en la carencia de estrategias históricas capaces de convertir a sus “utopías” en verdaderas formulaciones ideológicas.

---

<sup>1</sup>“Los Utopistas Postindustriales” (Editorial Nueva Visión. Buenos Aires).

Los profetas del postindustrialismo difieren profundamente en cuanto a sus planteos sobre los modelos de sociedad que proponen como superación de los problemas que señalamos en el primer párrafo de este artículo. Así, Toffler anticipa un mundo integrado a través del protagonismo de las empresas multinacionales que, exigidas por la lógica de la tecnologías de vanguardia, dejen amplios márgenes para el desarrollo del “hogar electrónico”, nueva unidad de convivencia primaria y producción en un mundo donde los espectaculares avances científicos y técnicos en materia informática crearán condiciones de vida absolutamente inéditas, que irán desde pluriformes especies de vínculos familiares, hasta libres, desmercadas y cooperativas manera de organización comunitaria. Todo ello en la perspectiva de la liberación del individuo respecto del trabajo y de las condiciones del mundo industrial.

Barho, por su parte, profesa un anti-industrialismo extremo y, desde una actitud que puede calificarse como casi mística, propicia la extinción del Estado, la organización de la sociedad en pequeñas comunidades de base autosuficientes, la restauración de las condiciones ecológicas del mundo y el desarme total. Venido desde la experiencia totalitaria al ecopacifismo del partido Verde de Alemania Occidental, no tardó en apartarse de éste, impugnando el ingreso de la agrupación a la política parlamentaria y a las inevitables concesiones que ello implica en materia de ideas y de programas.

Gorz, independiente de izquierda vinculado al socialismo francés, propicia la coexistencia en la sociedad futura de una esfera de heteronomía (lo cual significa la subsistencia del Estado y de otros macrosistemas) con otro ámbito donde campeará libremente la autonomía del individuo en una organización económica desmercada y en el que se articularán formas de sociabilidad primaria, imposibles de tejer en el mundo actual.

Jones -ex ministro de ciencia en el gobierno laborista australiano- pretende, desde un enfoque reformista (Frankel lo califica, por eso, como “neofabiano”), conducir a la humanidad al desarme, a formar productivas respetuosas de la naturaleza, a la superación del productivismo-consumismo y a la liberación de la ética del trabajo. Se trata, en suma, de un proyecto de superación de las estructuras del industrialismo, de sus expresiones capitalistas y comunistas operando desde dentro de los cauces que el presente ofrece —partidos, sindicatos, nuevos movimientos sociales- para un sobrepasamiento evolutivo de un universo que se ha vuelto en contra del hombre.

Frankel a su vez, traza al final de la obra su propio proyecto, que no significa cosa muy distinta de un modelo próximo al socialismo ortodoxo (en cuanto adverso al “socialismo de mercado” que practican en Francia y España, por ejemplo los partidos de esa denominación), aderezado con un feminismo y un ecologismo más pronunciados y con un pacifismo sostenido tanto en el desarme unilateral, como en una política de seguridad nacional exclusivamente defensiva; todo ello acompañado por un alegato favorable a

la semiautarquía política-económica del Estado nacional y adverso a todos los procesos de integración supranacionales.

Las relaciones entre el Norte y el Sur -es decir el problema del subdesarrollo y de la injusticia social internacional- carecen, en los autores criticados por Frankel y en él mismo, de un tratamiento adecuado. Digamos que el enfoque íntegro del libro y de las líneas de pensamiento que refleja es el de los países económicamente opulentos. En efecto, más allá de la reiteración de ciertas consignas supuestamente antiimperialistas y de una crítica repetitiva a la política exterior de las potencias capitalistas, ninguna idea nueva se desliza respecto de un tema que constituye el eje de la construcción de un mundo distinto del actual. Sobre todo, Latinoamérica yace en una suerte de semi penumbra en la que el horizonte de su integración política y económica se observada con desinterés, cuando no con aversión. Por otra parte, Frankel no vacila en propiciar la condena de los pueblos del tercer mundo a una virtual inanición, desde que sostiene la necesidad de suprimir las exportaciones de materias primas desde los países periféricos hacia las naciones desarrolladas, como manera de contribuir a la preservación de la naturaleza y poner coto al superindustrialismo del mundo capitalista.

Por otro lado, Frankel denota un notable déficit de percepción sobre el alcance de las crisis que conmueven al universo comunista, cuyas estructuras e instituciones critica superficialmente, como si de antemano debiera renunciarse a esperar un proceso de cambios profundos en ese sector del mundo.

Pero el tema donde los pensadores objeto de análisis y también el analista presentan flancos de una debilidad ilevantable es la identificación de los resortes históricos del cambio. Sucede que la "izquierda postindustrial" no atina a despojar a sus ideas de una significación literalmente utópica -tomado el término en el sentido de irrealizable-, ya que ante el colapso de la clase obrera industrial, de sus sindicatos y de sus partidos como protagonistas de la transformación, dejan las perspectivas de una verdadera revolución en manos de frágiles movimientos sociales cuyas expresiones asociativas y partidistas oscilan entre el puro negativismo y la asimilación a las formas históricamente cancelada de lo que podríamos denominar la izquierda clásica. Por otra parte, autores como Toffler, a los que difícilmente pudiera atribuírseles una afinidad real con posturas de izquierda, se limitan a confiar en el desenvolvimiento espontáneo de nuevas formas económico-sociales a partir de la innovación tecnológica, sin pararse a identificar los agentes histórico-sociales de la transformación que anuncian.

Concretamente, en la historia presente, solo la emergencia de un nuevo proyecto histórico, a partir de la edificación de amplias unidades políticas y económicas en el llamado tercer mundo -más específicamente en la hoy postrada América Latina- es capaz de proporcionar una perspectiva dotada de la vitalidad y de la potencia suficiente como para

proponer, a escala mundial, un nuevo estilo de vida, nuevas formas de democracia real y renovados modelos de desenvolvimiento económico. No es a aquel “eurocentrismo” y al “norcentrismo” de las ideologías de la “nueva izquierda” y de la “nueva derecha” a los debemos oponer un “surcentrismo”, tan deformante de la realidad como aquellos, sino que el diseño y la ejecución de las tareas conducen a la aparición de una nueva edad que requiere de agentes históricos, sociales y políticos que signifiquen, respecto de las creencias, valores y representaciones colectivas de la era que finaliza, una verdadera ruptura.

Dicho de otro modo, tanto el capitalismo crepuscular de Occidente, cuanto la pesadilla totalitaria, solamente han logrado generar y reproducir una cultura economicista y politicista que se explica solamente a partir del vacío espiritual que afecta, por igual, a ambos órdenes establecidos y a los mismos impugnadores de tales órdenes. Críticos éstos que se muestran incapaces de pensar una respuesta al tremendo desafío con que la historia reta al hombre de hoy, sino en términos del sensorialismo -represivo en unos casos y permisivo en otros- pero siempre de un producto de un materialismo teórico práctico, común a los sostenedores de la prolongación de las formas sociopolíticas actuales y a sus adversarios enrolados en el “utopismo postindustrial”.

El horizonte de una nueva época de la historia humana signada por un humanismo auténtico y heroico -arraigado allí donde el hombre tiene sus raíces, en la trascendencia- exige un cambio cultural de enorme envergadura, que va más allá de la continuidad, degradada hasta el infinito, del antropoteísmo que subyace en las creencias, valores y representaciones colectivas operantes en el mundo moderno. La liberación no resulta concebible sino a partir de una ruptura esencial -por ello interior al hombre- con cosmovisiones que son sólo variantes del mismo tema. Tal el supuesto de la articulación de un nuevo proyecto histórico que podrá tener por protagonista a Latinoamérica, cuya vocación en la historia universal no es otra que ensayar un supremo esfuerzo para volver a hacer del planeta un lugar habitable para la raza humana. No es que estemos predicando un nuevo mesianismo, sino solamente la toma de conciencia sobre que las colectividades históricas pueden tener un destino; en nuestro caso, también la responsabilidad de un destino